

SUPERMUJERES

Sé que estamos hechos unos y otros de la misma carne, que la sangre que corre por las venas de hombres y mujeres no es más roja ni tiene diferentes componentes, que los órganos que nos forman funcionan de forma idéntica, y también que sentimos, padecemos y sufrimos casi por las mismas causas. A pesar de todo esto, y muchas cosas más que los científicos podrían argumentar y de las que yo me declaro prácticamente analfabeta, la vida me ha dado la oportunidad de conocer a mujeres tan especiales que parecen estar hechas de algún material distinto que les permite recrear, inventar, afrontar la vida con una inusitada fortaleza y coraje.

En este país, que nos ha adoptado temporalmente como hijos suyos, y ese trato nos está dando, me ha tocado conocer a mujeres tan especiales viviendo circunstancias tan adversas que me he llegado a plantear la duda de que si han sido esas circunstancias las que las han hecho tan fuertes o si al ser tan resistentes la vida les ha puesto mayores pruebas a ellas. Sea como sea lo que sí estoy segura es de que ellas me han ayudado también a mí a afrontar la vida con más dignidad, con más valor y fe en Dios; pues son personas que tienen luz propia y pueden iluminar también las de otros y otras.

No puedo olvidar a la Sra Lubina de San Rafael de Zharug, con más de 80 años. Mujer, sobre todo madre, viuda, sola con sus gallinitas. Viviendo casi de la caridad pero con una fe profunda en diosito. Tampoco a las mujeres que venían caminando varios kilómetros para la reunión con unos vientos horribles cargando en la espalda a sus bebés amarrados con un chal, o a las compañeras de Las Peñas, casi todas ellas con desnutrición y queriendo organizarse para mejorar sus condiciones en uno de los parajes más bellos que haya visto de Ecuador. A mi vecina Rosa, luchadora incansable, trabajando en las minas de oro cuando podía para ganarse unos sucses en ese tiempo y siempre riéndose de la vida, hasta cuando el marido se le cayó del tejado de la iglesia y casi se mata. Recuerdo también a la Sra Blanca, que se fue a la ciudad con otra compañera para buscar un centro de rehabilitación para el marido y le dio su apoyo hasta el final. Ahora casi todos los hijos los tiene en España.

Nunca olvidamos a Chela, son muchos años de compartir este compromiso por los más débiles. Ella, mujer y apoyo para las mujeres indígenas, campesinas; crítica, valiente, con una historia personal también de sufrimiento y mucho amor. A Mersy, amiga y compañera en nuestra actual tarea con los niños. Es catequista y educadora en el Hogar de Belén, el alma muchas veces de su comunidad Riochico, pues mueve cielo y tierra para ayudar a un enfermo. Ella carga en sus espaldas su propio sufrimiento, su salud resquebrajada y el sufrimiento de los otros sin decir casi nunca cuánto le duele. La Sra. Italia, animadora de Playa Prieta soportando durante años a un marido alcohólico y violento, capaz de educar a doce hijos sola y hacerlos a todos hombres y mujeres de bien que ahora cuidan de su padre en su larga enfermedad. Y las mujeres de los presos: Emilia, la peruana capaz de dejar su país, su familia y su trabajo por estar cerca del hombre que quiere, María de Colombia que estuvo quince días en el albergue pues vino a ver a su hijo a la cárcel y no se fue hasta que se lo llevó, tengo una foto de ellos. En fin son tantas que enumerarlas a todas no puedo. Ella han sido y son testimonio para mí de que la vida hay que vivirla con mayúsculas, aprovechando cada segundo para dejar huellas de amor en este mundo.

Para ellas y para tantas otras que podría nombrar de diferentes latitudes, mi respeto, pues son “supermujeres”, superpersonas que nunca saldrán en los diarios ni en las revistas del corazón pero que son las que escriben los mejores capítulos de esta historia común que es la VIDA.